

# ¿Qué es la Homeopatía?

Una visión crítica

Javier Garrido  
Manolo Cros



[circuloesceptico.org](http://circuloesceptico.org)



# ¿Qué es la Homeopatía?

Una visión crítica

Javier Garrido

Manolo Cros

[www.circuloesceptico.org](http://www.circuloesceptico.org)

## Capítulo 1. Las leyes homeopáticas

Dentro del nutrido y caótico enjambre de las mal llamadas "medicinas alternativas" existen dos que destacan por su prestigio y por el aura de respetabilidad que las rodea: la Homeopatía, creada por Samuel Hahnemann en 1796, y la Acupuntura, la varias veces milenaria técnica terapéutica china. Mientras las demás pseudomedicinas de la Nueva Era exhalan cierto tufo a fraude desde el primer saludo y dan siempre la impresión de ser modas pasajeras, burdos curanderismos o meras manías, estas dos aparentan haber resistido victoriosamente la prueba del tiempo. Y lo que es más importante, sus resultados terapéuticos parecen ser consistentes (aunque sobre esto hablaremos más adelante).

Pero dejaremos la acupuntura para otra oportunidad, pues hay mucho que decir acerca de la Homeopatía. Y que mejor que empezar por una definición:

Homeopatía es la medicina que trata del estudio, diagnóstico y tratamiento del terreno humano enfermo, conforme a la Ley de la Semejanza. (*José Barros–St.Pasteur: "Homeopatía, Medicina del Terreno". Ediciones de la Biblioteca. Caracas, 1985. Página 16*).

La Ley de la Semejanza suele atribuírsele a Hipócrates de Cos, quien al parecer reconocía que se podía curar por los contrarios (*Contraria Contrariis Curantur*) o por las similitudes (*Simillia Similibus Curantur*). Curar por las semejanzas significa que la curación debe realizarse en forma similar a como procede la naturaleza. Sin embargo,

resulta curioso el hecho de que Hipócrates nunca enuncie dicha ley en las obras que se le atribuyen, como también lo es que la suposición de que Hipócrates alguna vez la empleó como recurso terapéutico se base únicamente en una interpretación arbitraria de algunas líneas de sus textos. Por lo visto, esta Ley también fue conocida por Galeno, pero al parecer no fue muy aficionado a emplearla. En el siglo XVI es reactualizada por Paracelso, aunque contaminándola groseramente de magia y supersticiones medievales al aplicarla según las signaturas, es decir buscando algún parecido del producto natural con alguna característica del enfermo.

Pero la incomparable historia de la Homeopatía se inicia realmente en 1796, cuando Samuel Christian Friedrich Hahnemann publica su *“Ensayo sobre un nuevo principio para descubrir las virtudes curativas de las sustancias medicinales, seguido de algunas apreciaciones sobre los principios admitidos hasta nuestros días”*. Posteriormente desarrollaría sus ideas en varias obras monumentales, la más notable de las cuales es el *“Organón de la Medicina Racional”*, que data de 1810.

En principio, los conceptos de Hahnemann son bastante sencillos. Parte de la *Vis Medicatrix Naturae*, o fuerza curadora de la naturaleza, idea que venía desde la antigüedad: el organismo dispone de sus propias fuerzas para vencer a la enfermedad. Demás está decir que la medicina no debe interferir con esa tendencia espontánea del organismo a sanar. ¿Qué debe hacer entonces el médico, si no quiere quedar como mero espectador? Pues Hahnemann nos da la respuesta: actuar conforme a la naturaleza y según esta procede, operar ayudando a la *Vis Medicatrix*

*Naturae*. ¿Y como lograr esto? Pues apelando a la Ley de la Semejanza.

Hasta aquí no hay nada de extraordinario: Paracelso, Stahl y muchísimos otros ya habían llegado a conclusiones parecidas. Por otra parte, Hahnemann también nos habla de la Fuerza Vital, suerte de principio animador del individuo que *“...gobierna con poder ilimitado y conserva todas las partes del organismo en admirable y armoniosa operación vital, tanto respecto a las sensaciones como a las funciones, de modo que el espíritu dotado de razón que reside en nosotros, puede emplear libremente estos instrumentos vivos y sanos para los más altos fines de nuestra existencia”* (Hahnemann: *Organón de la Medicina Racional*). Pero en esto no hacía más que recuperar teorías animistas y vitalistas muy anteriores. Para Hahnemann la enfermedad no es otra cosa que la alteración de esa Fuerza vital, y se expresa de un modo característico para cada individuo mediante síntomas. Y aquí aparecen las dos grandes innovaciones teóricas que dan nacimiento a la Homeopatía: la Ley de la Semejanza debe aplicarse administrando al enfermo un medicamento que produzca síntomas similares cuando se administra al hombre sano, y la potencia de un medicamento será mayor cuanto menor sea su dosis.

Indudablemente, estamos ya muy lejos de las torpes signaturas de Paracelso y de la analogía mágica. Para tratar a un enfermo debemos administrarle dosis infinitesimales de una sustancia que se haya demostrado que en el hombre sano produce unas manifestaciones semejantes, y de un modo perfectamente individual, ya que cada paciente tiene su dinamismo mórbido específico. Y como lo que interesa no es

tampoco la acción farmacológica del medicamento, sino su acción energética, al suministrarlo estaremos yendo en la misma dirección que la *Vis Medicatrix Naturae*. Esta ocasiona unos determinados síntomas que son su expresión característica, y el medicamento homeopático ocasiona los mismos síntomas: por lo tanto, estamos actuando a su favor. Las dosis infinitesimales y sobre todo la dinamización (hablaremos de ella más adelante) garantizan que se le administre al paciente solo la acción energética específica que se desea, sin indeseables efectos tóxicos. La Homeopatía interviene sobre la auténtica causa de la enfermedad, la alteración de la intangible energía vital, y por lo tanto trata la enfermedad causalmente. Frente a esto, la perniciosa medicina “alopática” (que pretende curar por los contrarios), toscamente sintomatológica, solo puede oponer el uso de nocivos compuestos que van contra la *Vis Medicatrix Naturae*, lo que termina provocando incurables iatrogenias (a menos que la exacta Ciencia Homeopática intervenga a tiempo).

Está claro que todo esto suena muy bien: conocemos la causa de la enfermedad y actuamos sobre ella, individualizamos rigurosamente al enfermo para que pueda actuar la semejanza, utilizamos medicamentos sin toxicidad alguna (los medicamentos homeopáticos, desde el punto de vista de la atrasada química actual, no son otra cosa que agua pura). Con tales bases, y de ser ciertas, deberíamos esperar resultados espectaculares frente a cualquier proceso patológico, curar virtualmente cualquier enfermedad. De inmediato acude a nuestra mente la imagen de un mundo lleno de individuos saludables y “energéticos”, de una inconcebible y atlética longevidad. Lo lamentable es que esto no se

observa en la práctica. ¿Cómo es eso posible? Tras doscientos años de historia, la Homeopatía sigue confinada al nebuloso submundo de las medicinas alternativas, indefinida región anegada por los miasmas de lo paranormal, de la superchería y del fraude. De hecho, debe hacerse notar que los homeópatas más prudentes (o más astutos) han optado por abandonar su histórico rechazo hacia la deshonesta “alopatía”, para proclamar que su terapia puede actuar sobre todo como complemento a esta, en especial para el manejo de ciertas enfermedades crónicas. ¿Y en que quedamos entonces? ¿Qué ocurrió con la Fuerza Vital alterada, el tratamiento causal, la *Vis Medicatrix Naturae*, y demás? ¿Con los efectos perniciosos de los medicamentos “alopáticos”?

Quizás sería bueno puntualizar aquí que la fisiología experimental ha avanzado más en los últimos ciento cincuenta años que en todo el resto de la historia de la Humanidad, y que lo ha hecho prescindiendo de fuerzas misteriosas. Que la mal llamada medicina “alopática” (en realidad es la medicina científica, en contraposición a las que manipulan fuerzas pavorosas, trascendentes e imaginarias) no es una medicina sintomatológica, sino que busca tratar la causa de la enfermedad siempre que esto es posible, y que además, en su buena práctica, enfoca al individuo como una unidad biopsicosocial. Que decir que la medicina científica actúa alopáticamente (o sea, mediante la Ley de los Contrarios, *Contraria Contrariis Curantur*) no pasa de ser una absurda simplificación, por no decir una burda mentira. Que no se entiende como se puede pasar de la pretensión de tratar causalmente la enfermedad (manipulando fuerzas) a la más moderada de actuar como simple complemento sin

derrumbar en el tránsito todo el edificio teórico dejado por Hahnemann. Que todos los logros demostrados e irrefutables en materia médica en los últimos doscientos años entran en el haber de la medicina científica.

Por lo visto, hay algo que no funciona en la Homeopatía tan limpiamente como lo predicen sus postulados. Incluso es posible apreciar algunos signos de cansancio o de degeneración en su aparentemente sólida estructura. Ya en vida de Hahnemann surgieron divergencias respecto a su doctrina, a pesar del tono autocrático e inapelable con que éste la había expuesto. Hoy en día la situación se ha agravado: son muchos los homeópatas que combinan y varían su "ciencia" con otras no menos discutibles, como la acupuntura, la medicina holística, la reflexología, la cristaloterapia, la medicina cuántica y cualquier etcétera posible; todas éstas tienen en común una irracionalidad que marcha aparejada con la ausencia total de resultados concretos. Además, en contra de la rígida individualización hahnemanniana, que prescribía un medicamento específico y singular para cada paciente determinado, ha surgido una poderosa industria farmacéutica homeopática que los fabrica en cadena, y que expide al mundo entero frascos llenos de agua pura o alcohol rectificado etiquetados con interesantes nombres en latín.

Es muy posible que tarde o temprano la Homeopatía termine en el mismo lugar donde terminaron el flogisto, el éter y la generación espontánea. En una época racional, eso ya habría ocurrido. Pero no existe evidencia de que nuestra época sea una de esas.

Nadie discute que la inmarcesible gloria de haber entregado al mundo la prodigiosa Medicina Homeopática corresponde por completo a



un solo hombre, y que ese hombre fue Samuel Christian Friedrich Hahnemann. Ese benefactor de la Humanidad tuvo, y como no, sus predecesores, pero estos han quedado oscurecidos por la fuerza de las ideas del alemán. Lo mismo cabe decir de sus discípulos, ya que poco les ha quedado por hacer salvo seguir el diáfano camino ya abierto por Hahnemann, deteniéndose de cuando en cuando, eso sí, para añadir algún descubrimiento menor, para puntualizar alguna idea contrahecha o, con más frecuencia, para intentar justificar (de un modo harto defectuoso) alguno de sus más solemnes dislates.

Hahnemann nació el 10 de abril 1755 en Meissen, Sajonia, ciudad famosa por sus fábricas de porcelana. Se graduó de médico el 10 de agosto de 1779 en Erlangen y más tarde se radicó en Leipzig. En sus primeros años de ejercicio se dedicó según parece más que nada a la traducción de obras científicas (y muchas otras que no lo eran tanto), pues era “*profundo conocedor de idiomas: francés, inglés, español, sirio, latín, griego, hebreo, árabe y hasta caldeo*” (Barros–St. Pasteur, página 21). Entre estas encontramos: el “*Arte del destilador licorista*”, de Demachy y Dubuisson, el “*Arte del vinagrero*” de Demachy, la “*Historia de Abelardo y Eloisa*” de Barington, los “*Anales de Agricultura*” de Young, el “*Arte de hacer el vino según los principios racionales*” de Fabronni, el “*Manual para las madres sobre la educación de los hijos*” de Rousseau, el “*Aviso a las mujeres*” de Grigg. Si se hubiera mantenido en la línea editorial sin duda hoy en día sabríamos poco o nada de él, pero en cierta oportunidad, mientras traducía el *Tratado de Materia Médica* de Willian Cullen, se interesó en los efectos de la quina y decidió comprobarlos por

si mismo. Y aquí su vida da un vuelco total, pasando de modesto traductor a destajo de las obras de Demachy y Dubuisson a profeta iluminado de una nueva medicina.

Desde hacía mucho tiempo se conocían las virtudes de la corteza de la Cinchona o quino para el tratamiento de ciertas fiebres, aunque además está decir que nadie sabía la razón de esto (hoy sabemos que es debido a la presencia de un alcaloide específico, la quinina, aislado por Pelletier y Caventou en 1820, que tiene propiedades antimaláricas). Para salir de la duda sobre los efectos de la quina, Hahnemann comenzó a autoadministrársela, y para su sorpresa, presentó un ligero cuadro febril. La conclusión saltaba a la vista: la quina cura la fiebre porque uno de sus efectos es producir fiebre, hallazgo que demuestra el *Simillia Similibus Curantur*. Conclusión plenamente injustificada tanto desde el punto de vista científico como del lógico, pero que de todas formas sonaba muy bien, lo que sin duda tiene su importancia en el extraño mundo de la Homeopatía.

A partir de aquí ya no tradujo más los tratados de vinagrería de Demachy, dedicándose a experimentar, teorizar, escribir y difundir sus ideas. En 1796 da a la imprenta su *“Ensayo sobre un nuevo principio para descubrir las virtudes curativas de las sustancias medicinales, seguidas de algunas apreciaciones sobre los principios admitidos hasta nuestros días”* y la Homeopatía queda fundada. En 1810 publica el *Organón de la Medicina Racional*, en 1811 la *Materia Médica Pura*, y en 1828 *Las Enfermedades Crónicas, su naturaleza especial y su tratamiento homeopático*, aparte de varias docenas de trabajos menores que sería

demasiado largo detallar. Sus conceptos no fueron bien acogidas en todas partes, pero de todos modos llegó a profesor libre en Leipzig y a médico de la corte del ducado de Anhalt-Kothen. En 1835 opta por establecerse en París, donde encuentra mayor receptividad, ejerce exitosamente, forma discípulos, y de paso, contrae matrimonio (tenía apenas ochenta años). Fallece a 1843, dejando una huella de gigante en la historia de la Pseudomedicina y de la Necedad Humana.

Hahnemann funda la Homeopatía mientras en toda Europa truenan los cañones de las guerras de la Revolución y del Imperio. La pregunta de rigor aquí es: ¿cuál era el estado de la ciencia médica en esa época? Si se hojeara un manual cualquiera de Historia de la Medicina, se encontrarán a cada paso nombres ilustres de los siglos XVII y XVIII, pero también se encontrará que cada uno de esos nombres ilustres profesó creencias que hoy se nos antojan tan absurdas como pintorescas. Y no podía ser de otra forma: la anatomía era una ciencia desde Vesalio, pero la fisiología se hallaba aún en una fase embrionaria. Sobre el funcionamiento del organismo lo único que existía eran hipótesis contradictorias y opiniones sostenidas según el principio de la autoridad (el rancio vitalismo que profesó Hahnemann era una de ellas). Se desconocía todo sobre la etiología de las enfermedades, los recursos diagnósticos eran escasos y los terapéuticos más escasos todavía: nada se sabía de la antisepsia y de los anestésicos, se carecía de fármacos antimicrobianos eficaces (salvo la ya mencionada quina y algunos compuestos mercuriales, que de paso, también se desconocía como funcionaban). Esta ignorancia se compensaba con infundados sistemas

de patología general, que intentaban explicar sin apoyo experimental alguno todas las enfermedades en base a un solo concepto. Y la terapéutica iba en concordancia: con frecuencia se apelaba a tratamientos que solo pueden ser calificados de brutales, como las sangrías. Alguien ha escrito, y no sin razón, que la medicina de esa época se encontraba en el mismo estadio de desarrollo que la astronomía astrológica.

Pongamos por ejemplo el "sistema" de un contemporáneo de Hahnemann, François Joseph Broussais (1772–1838), conocido como *Medicina Fisiológica*. A Broussais, médico militar, se le ocurrió que todas las enfermedades tienen por causa la inflamación, debida ella misma a perturbaciones de la irritación, y más concretamente, a un exceso de irritación, en especial del tubo digestivo. ¿Qué hacer en ese caso? Pues está claro: disminuir la irritación por medio de dietas debilitantes y sobre todo, mediante el uso masivo de sanguijuelas, hasta treinta por enfermo (en 1833 se utilizaron en Francia 41.500.000 sanguijuelas). ¿Resultados para los pacientes? Como es obvio, desastrosos. Esta locura duró dieciséis años, hasta que Pierre Charles Louis demostró estadísticamente su inutilidad, y la Medicina Fisiológica fue a parar al basurero de la historia (aunque quizás algún médico "alternativo" pudiera tener interés en recogerla de ahí. ¿Y por qué no? Después de todo, tarde o temprano la gente comenzará a aburrirse de las vibraciones cuánticas y algo hay que ofrecerle a cambio...).

Ante tal estado de cosas, las ideas de Hahnemann no desentonaban en lo absoluto, y sobre todo, resultaban mucho menos

dañinas que las de Broussais. De ahí sale esa frase de la época “*los pacientes de los homeópatas mueren de sus enfermedades y los de los alópatas de la cura*”, que sintetiza con agudeza la situación. ¿Ocurre hoy lo mismo? Desde el siglo pasado la medicina se ha despojado de ropajes metafísicos y se ido convirtiendo en una auténtica ciencia, básicamente debido al impulso de las ciencias básicas, como la fisiología experimental, la bioquímica, la farmacología, la microbiología. Ya nadie pretende explicar (pero este no es el caso de los homeópatas y demás “alternativos”) que la enfermedad es unicausal y que el remedio está al alcance de la mano por medio de la manipulación de irritaciones imaginarias y de fuerzas oscuras, tal y como creían Hahnemann y Broussais.

Como la Homeopatía siempre se presenta como ciencia (y no como la terapia curandera que realmente es), tiene cierta importancia examinar sus bases “científicas” para determinar si sus pretensiones gozan de alguna validez. Por fortuna para los homeópatas (y también para nosotros) Hahnemann lo dejó casi todo hecho, ya que los aportes de sus sucesores se han limitado a algún que otro retoque de la teoría y a “modernizar” sus conceptos mediante el uso fraudulento de términos saqueados de ramas legítimas de la investigación médica, como la psicología y la inmunología.

Tras ardua “experimentación” Hahnemann constató siete “hechos” que son la base de la Doctrina Médica de la Homeopatía. Estos son (sigo aquí a Barros-St. Pasteur en su *Homeopatía–Medicina del Terreno*, pagina 21):

1. La Ley de la Semejanza.
2. La Energía Vital.
3. El Dinamismo Mórbido.
4. La Experimentación en el hombre sano.
5. La Dinamización.
6. La Individualización del Enfermo en concordancia con la Individualización del Medicamento
7. El Remedio Único por vez.

Existen otras “leyes”, como la “Ley de la Curación” de Constantino Hering, pero podemos obviarlas ya que no aportan nada esencialmente distinto a las ya mencionadas.

Si bien el Dinamismo Mórbido es el que proporciona las bases fisiopatológicas y etiopatogénicas (por llamarlas de alguna forma) de la Homeopatía, lo correcto es comenzar hablando de la Ley de la Semejanza. Al fin y al cabo con esa ley fue que con la que empezó Hahnemann a construir su sistema (y no nos corresponde a nosotros poner en duda Su Sabiduría). No está de más recordar nuevamente como ocurrió: al traducir del inglés la *Materia Médica* de Cullen, observa las hipótesis contradictorias sobre la acción de la quina, luego constata que la administración reiterada de quina coincide en la sintomatología con la de aquellos enfermos que cura ( Barros-St. Pasteur).

Por supuesto, la Ley de la Semejanza no constituía ninguna novedad en terapéutica médica. Por lo demás, esta "ley" no es otra cosa que una burda racionalización del razonamiento por analogía , propio del pensamiento mágico. Esto es particularmente visible en Paracelso, quien

incluía en su terapéutica las signaturas; por ejemplo, para tratar enfermedades de los genitales masculinos es preciso utilizar bulbos de ortiga que tienen forma de testículos.

En la Homeopatía, la Ley de la Semejanza se emplea administrando un medicamento capaz de provocar en el hombre sano un estado similar en su sintomatología al que se va a tratar en el enfermo.

Hahnemann precisa la Ley de la Similitud en su obra fundamental, el "*Organón de la Medicina Racional*", publicada en 1810:

1. Toda sustancia activa farmacológicamente, provoca en el individuo sano y sensible un conjunto de síntomas característicos de dicha sustancia.
2. Todo individuo enfermo presenta un conjunto de síntomas que caracterizan a su enfermedad.
3. La curación se puede obtener mediante la administración de una pequeña cantidad de la sustancia cuyos efectos sean similares a los de la enfermedad.

Lo que existe aquí es una mezcla de observaciones válidas (aunque mal interpretadas) con opiniones y conclusiones gratuitas. Es cierto (y hasta obvio) que una sustancia farmacológicamente activa administrada a un individuo sano provocará un conjunto de síntomas, aunque estos no necesariamente serán "característicos" de dicha sustancia (otras sustancias pueden producir síntomas similares). Esto no tiene nada de misterioso: administrémosle a un individuo sano semillas de *Strychnos nux vomica* (nuez vómica) y lo veremos presentar espasmos incontrolables o la muerte si la cantidad es suficiente. Pero

sabemos porqué: es por la estricnina que contiene. La belladona produce síntomas de intoxicación atropínica, pero lo mismo ocurre con el beleño negro y el estramonio, y también conocemos la causa: es por los alcaloides de la atropina que se encuentran en esas plantas. Nada costaría alargar la lista hasta el hartazgo o la náusea.

Prácticamente no existe sustancia natural o artificial que no pueda producir manifestaciones de toxicidad en un individuo sano si se administra en dosis suficiente, pero la razón de que esto ocurra no tiene nada que ver con energías esotéricas. Por otra parte, decir que todo individuo enfermo presenta un conjunto de síntomas que caracterizan a su enfermedad es un abuso, si se asume literalmente, pues existen enfermedades muy diferentes que pueden provocar síntomas similares: por ejemplo, existen decenas de enfermedades que pueden ocasionar fiebre prolongada, desde cuadros virales hasta enfermedades neoplásicas o autoinmunes; caquexia, fiebre y tos las puede producir tanto una tuberculosis como un cáncer del pulmón. Los signos y síntomas patognomónicos (exclusivos de una determinada enfermedad) son rarísimos en la práctica médica. Por eso es que la medicina científica reúne las patologías en cuadros sindrómicos, o sea, conjuntos de síntomas y signos que pueden deberse a diversas causas.

Solo que para la Homeopatía esa multiplicidad de causas no existe (como veremos más adelante) lo que la lleva a una absoluta dependencia del cuadro sintomatológico del paciente, sin preocuparse de la etiología de la enfermedad (el primero en despreocuparse de la etiología fue el mismo Hahnemann, como lo expresa en este profundo



pensamiento: "*No hay necesidad de atascarse en argumentos metafísicos o escolásticos acerca de la insondable causa primera de la enfermedad, ese caballo de batalla del racionalista*").

De hecho, los Repertorios Homeopáticos lo que hacen es clasificar y agrupar los síntomas y sus modalidades de acuerdo a un plan establecido, colocando junto a cada síntoma el medicamento que le corresponde o viceversa. Tales Vademécumes no excluyen lo pintoresco: podemos leer por ejemplo que *Tarentula hispanica* está indicada en *trastornos nerviosos con agitación intensa, ansiedad, violencia, asociados a debilidad general e hiperexcitabilidad genital. No puede descansar tranquilo. Deseo de correr, bailar, saltar. Corea con movimientos violentos. Cefalalgia, ojos brillantes y muy abiertos, sofocación, palpitaciones, hemicránea, histeria, parálisis agitante, manía violenta con incremento de la fuerza, delirio erótico.*

La absoluta primacía que la Homeopatía concede a los síntomas se debe al abuso de la Ley de la Semejanza, lo que ha dado lugar a una complicadísima jerarquización que nada tiene que envidiar a los doscientos tipos de pulso del Min King. Así, los síntomas se clasifican según su grado, su cronología, su jerarquía, su frecuencia, su prescripción y sus modalidades. Y cada una de estas clases tiene a menudo varias subdivisiones, y cada una de estas otras más. Con semejante detallismo no es de extrañar que en la semiología homeopática se encuentren a menudo síntomas tan delirantes (y divertidos) como el hipo en la mañana, después de tomar bebidas calientes; a menudo con náuseas, desfallecimiento y sed intensa, la expectoración espumosa,

como agua de jabón, verdosa y salada o los vértigos viajando en barco o tren o descendiendo en ascensor .

De estas bases partió Hahnemann para dar, sin justificación lógica o experimental alguna, el gran salto al *Simillia Similibus Curantur*. Un salto no precisamente hacia el futuro, sino en dirección el pasado (y es en esa misma dirección se han precipitado a seguirlo todos sus discípulos).

Volvamos atrás y recordemos una vez más el archifamoso experimento de la quina. Hahnemann observa primero que la quina cura las fiebres; luego observa que al tomar quina él mismo por varios días presenta un cuadro febril que le parece similar. Conclusión: la quina cura las fiebres debido a que puede producir fiebres. Pero no hay nada que justifique esta conclusión. Por supuesto, hay cosas que Hahnemann no podía saber: para empezar, que la quina no cura las "fiebres", sino muy específicamente la malaria; pero para la época de Hahnemann la fiebre se consideraba una enfermedad per se, y el *Plasmodium* no sería descubierto sino hasta 1880 por Laveran (queda perdonado Hahnemann, pero no sus discípulos que hayan nacido después de 1880). En segundo lugar, lo que estaba experimentando era, en todo caso, los efectos tóxicos de la quina. El hecho comprobado es que la quina cura la malaria (no las "fiebres") porque erradica el *Plasmodium* por la acción de la quinina, uno de sus alcaloides, y no precisamente por su toxicidad sobre el huésped (lo que en todo caso no constituye sino un efecto colateral indeseable). Y ya que sabemos que y como cura la quina, ¿qué queda de la conclusión de Hahnemann? La falacia lógica del razonamiento homeopático es que pretende establecer una conexión causal cuando lo único que hay es una

correlación espuria entre dos hechos independientes.

¿Hay alguna realidad concreta tras la Ley de la Semejanza? Mucho me temo que no. Es simplemente algo en lo que hay que creer como en un acto de fe, una proposición indemostrable y sobre todo, contraria a la experiencia. Indudablemente, esto estaba bien para los tiempos de Hipócrates y Paracelso, pero ya es menos excusable en los de Hahnemann. Al fin y al cabo, ¿de qué se trata? Traigamos una idea del siglo V antes de Cristo, citando a Hipócrates como supuesta autoridad, luego modifiquemos en algo las groseras signaturas de Paracelso para hacerlas más presentables y ya estamos listos. El gran progreso de la Homeopatía está en que en lugar de usar el parecido exterior de la fuente de donde se va a sacar el medicamento (los bulbos de ortiga, etcétera), utiliza el parecido de los efectos tóxicos que produce al ingerirlo. O sea, las signaturas actualizadas.

Si la Ley de las Semejanzas funciona ¿por qué no curar la demencia intoxicando al paciente con plomo? Por supuesto, conocemos la fisiopatología de la intoxicación por metales pesados y también sabemos que no hay nada en esa fisiopatología que nos haga sospechar que pueda curar la demencia. Pero de acuerdo a la Ley de la Semejanza debería funcionar ¿o no? ¡Ah! Pero es que debemos administrar el plomo en dosis dinamizadas e infinitesimales (de eso hablaremos después). Los fármacos hipotensores deberían ser excelentes para tratar los estados de hipotensión y shock (¡vaya oportunidad perdida para la medicina de urgencia!) y los baños helados para la hipotermia (y las saunas para la fiebre). Nada mejor que las inhalaciones de humo para el asma y la

bronquitis crónica, y las dosis masivas de azúcar para los diabéticos.

No sé por que, pero todo esto me recuerda aquella historia sobre el unguento que se aplicaba sobre la espada ofensora en lugar de colocarlo en la herida. Quizás sea porque las bases científicas de ambas terapéuticas son las mismas.

## Capítulo 2. La energía vital y el dinamismo mórbido

Todo el legado fisiopatológico y etiopatogénico que les dejó Hahnemann a sus acólitos se halla en estos dos conceptos. Ya vimos que a Hahnemann no le interesaba la etiología de la enfermedad; para su fisiopatología apenas si pudo sacar a flote viejos conceptos vitalistas que se venían arrastrando desde los siglos anteriores y que quedarían pronto sepultados por el desarrollo de la fisiología en el siglo XIX (para ser resucitados en el siglo XX por los devotos de la "Nueva Era").

Antes que nada aceptémoslo: la idea de una Fuerza Misteriosa que nos anima es de por sí atractiva, especialmente para individuos con escasa formación científica o espíritu crítico atrofiado. Se asocia con facilidad a conceptos tales como alma, cuerpo etéreo, cuerpo astral, bioenergía , y afines. Y es más fácil de captar que las abstrusidades de los fisiólogos experimentales, empeñados en explicar que tal o cual función celular no depende de entes intangibles sino de precisas interacciones de enzimas, iones, ácidos nucleicos, aminoácidos y fosfatos de alta energía. Pero oigamos al Maestro:

*"En el estado de salud, la fuerza vital autocrática que dinámicamente anima al cuerpo material, gobierna con poder ilimitado y conserva todas las partes del organismo en admirable y armoniosa operación vital, tanto respecto a las sensaciones como a las funciones, de modo que el espíritu dotado de razón que reside en nosotros, puede emplear libremente estos instrumentos vivos y sanos para los más altos*

*finis de nuestra existencia"* . Organon, Paragrafo 9 .

En resumen, existe una Fuerza Vital, y para colmo autocrática, que nos mantiene operando admirable y armoniosamente. Lamentablemente, esto no es ciencia, sino metafísica (en el mal sentido de la palabra). Y Barros-St. Pasteur riza el rizo cuando nos informa de que *"la física subatómica es la responsable de la información que pueda suministrar a la medicina en conexión con la calidad de esta energía que permite la vida, la energía responsable de las transformaciones bioquímicas. Hay indicios bien fundados de una calidad de energía que es capaz de suscitar la reacción energética con modificaciones dinámicas en el terreno, las cuales pueden ser evidenciadas"*. Responsabilidad que ignoro si la física subatómica ha asumido con agrado.

Cuando se encuentra uno ante esta clase de argumentos quizás lo más adecuado sea callar, pues ya no estamos en el campo de la ciencia sino en el de la religión, y en la religión las cosas se creen merced a un acto de fe. Pero es Barros-St. Pasteur quien mete a la física en la arena de lucha, por lo que es conveniente hacer algunas precisiones. Para empezar nadie niega que en un organismo vivo existan y se transformen ingentes cantidades de energía; de hecho, cuando se produce la falla de esa maquinaria energética la muerte es inevitable. La energía química de los alimentos se degrada en energía calórica y en el ínterin produce trabajo, incluyendo el necesario para mantener la integridad celular. Las células tienen sus propias centrales energéticas: las mitocondrias. Algo muy diferente es postular una entidad fantasmal, incorpórea y energética (aparte de autocrática) que nos anima. ¿Se puede probar que no existe?

Difícilmente; como tampoco se puede "probar" que los ángeles no existen o que el Sai Baba no es la encarnación de Vishnu. Simplemente son conceptos que no tienen nada que ver con la ciencia. Lo que sí se puede probar es que a cierto nivel su acción es negligible. Desde el siglo pasado la Fisiología y la Bioquímica se han desarrollado a un ritmo cada vez más acelerado, pero todavía no se han topado con ninguna fuerza misteriosa y autocrática, ni ha tenido que apelar a razonamientos tan especiosos como los de los homeópatas para explicar sus "hallazgos". Y se han encontrado respuestas a los misterios de la fisiología incluso hasta el nivel molecular, prescindiendo con serenidad de apelar a energías oscuras. El problema es que los conocimientos fisiológicos de los homeópatas sigue estando al mismo nivel que los de Hahnemann, dos siglos atrás. Por cierto, ¿y qué tiene que ver en todo esto la física subatómica?

Pero ¿a qué viene todo esto? ¿Por qué hacer tanto énfasis en conceptos tan imponderables e intangibles como la Fuerza Vital? Pues bien, porque aunque parezca increíble la única base fisiopatológica de la Homeopatía es la Fuerza Vital, ya que las enfermedades son debidas a sus alteraciones.

*La energía vital, al sufrir el influjo de los estímulos dinámicos perjudiciales, se modifica; entonces el terreno ya no manifiesta el estado de salud sino el de enfermedad, son los miasmas, es la expresión adaptativa para buscar el equilibrio con el todo ( Barros-St.Pasteur ).*

Como podemos ver, ya no tenemos una sola fuerza misteriosa actuando; también tenemos otras fuerzas no menos misteriosas ("estímulos dinámicos") actuando sobre la energía vital. Lo que no se nos

dice es si estas fuerzas nocivas son también autocráticas. La alteración de la "fuerza vital" no es otra cosa que el Dinamismo Mórbido, que es propio de cada paciente, y de esa alteración salen los miasmas. Desde siempre los miasmas han sido una suerte de efluvios o emanaciones nocivas procedentes del agua o la tierra, pero los modernos homeópatas, por pudor, han optado por disfrazarlos de una predisposición congénita o adquirida en virtud de la cual se producen alteraciones múltiples en la forma pero únicas en la esencia .

Es muy natural de que de cara al público los homeópatas prefieran no referirse demasiado a los miasmas (a pesar de lo importantes que son en su teoría). Estos miasmas presentan características extrañas (y otra vez contrarias a la experiencia) ya que son a la vez heredables, latentes, contagiosos e inducibles (la "energía vital" de otros seres vivos puede alterar la del hombre). En su afán simplificador Hahnemann describió tres tipos de miasmas , de los cuales el Psórico es el fundamental, siendo los otros dos el Productivo y el Destructivo (pero esta es la terminología moderna; para Hahnemann el miasma productivo era el sicósico el condiloma y el destructivo la sífilis ; dicho sea de paso, la psora no es otra cosa que la sarna).

Para los homeópatas, toda la patología humana puede explicarse por la acción de estos tres miasmas sobre la fuerza vital, aunque con más frecuencia el miasma es la misma fuerza vital alterada (y entonces no se sabe que fue lo que la alteró en principio, pero ya dijimos antes que a Hahnemann le despreocupaba la etiología). Esta tendencia a reducir a la unicausalidad la complejidad fisiopatológica y etiopatogénica de la



enfermedad es característica de los sistemas de patología general que campearon en el siglo XVIII y penetraron hasta el XIX (otro de ellos fué la ya mencionada medicina fisiológica de Broussais ).

No creo que sea necesario insistir sobre las falacias de esta fisiopatología. Para empezar ignora todo el cuerpo de conocimientos adquiridos desde 1796 hasta la época, empezando por la teoría microbiana. Se aprovecha de conceptos de la inmunología moderna (estas es una de las actualizaciones de la teoría) pero pasa por alto que conocemos bastante bien como funcionan los anticuerpos y cada vez mejor la inmunidad celular y en nada de ello existe evidencia de la menor acción de energías ocultas (y de paso, autocráticas). Y para terminar, no hay forma de demostrar la existencia de tales miasmas (a menos que, con contorsiones lingüísticas los transformemos en las consabidas predisposiciones congénitas o adquiridas ).

Sin duda a los homeópatas les encantaría poder deshacerse del pesado fárrago de los miasmas. Pero el problema es que su absurda terapéutica les exige mantenerlos, ya que se basa en la corrección mediante los compuestos energéticos adecuados de la Fuerza Vital alterada. Aquí prefiero tomar a Barros-St. Pasteur como testigo (pagina 46):

*"Las diluciones dinamizadas que se emplean en la experimentación van desde la 3° potencia decimal a la 30, 200 y 1000 potencias centesimales. El tiempo de duración del programa es variable, hay pacientes que reaccionan rápidamente al medicamento y otros que tardan semana en comenzar a dar síntomas. Cada médico mantiene un*

*cuidadoso control diario de cada uno de los experimentados de su grupo. Terminada la experimentación, el director recibe los protocolos y selecciona y jerarquiza los síntomas obtenidos; se realiza así la patogenesis del medicamento".*

Respecto a la experimentación pura podemos hacer varias observaciones. Comencemos con lo obvio: si administramos los medicamentos en forma pura, y a dosis suficiente, lo que vamos a observar son los efectos tóxicos del mismo, suficientemente estudiados y aclarados por la farmacología y la toxicología; las alteraciones de la Fuerza Vital no tienen nada que ver. Quien lo dude no tiene más que hojear cualquier manual toxicológico actualizado (en lugar de estar experimentando, los homeópatas bien podrían dedicarse a leer esos manuales, ya que en ellos los efectos de las sustancias aparecen mucho mejor descritos que en sus textos). Y algo mucho menos obvio: ¿qué ocurre cuando se administra la droga diluida, digamos, a la trigésima potencia? Los efectos tóxicos no deben aparecer, por supuesto, ya que a altas diluciones como la mencionada ya no queda en la "solución" nada del componente activo inicial (hablaremos de eso más tarde).

Entonces ¿apareció por fin la alteración de la Fuerza Vital? No tan rápido: recordemos primero que las manifestaciones pueden demorar semanas en hacerse presentes, y aquí está la falla del método. Si se espera el tiempo suficiente, siempre los sujetos acabarán por tener algo, así sea un cambio de humor, un forúnculo, un dolor en el costado, un resfrío, un súbito interés hacia las publicaciones pornográficas, una migraña o un ataque de furia, elementos todos preeminentes dentro de la

práctica homeopática. ¿Debidos, sin duda, a la alteración de la Fuerza Vital por los poderosos dinamizados? Pues no, debidos al puro azar.

Propongo al lector el siguiente experimento: tómese quince gotas de agua destilada en ayunas diariamente durante un par de semanas y anote los síntomas que le van apareciendo. Quedará asombrado.

Por supuesto, no existe revista científica que se respete que publique trabajos semejantes (me imagino que las revistas homeopáticas sí lo hacen). Y los acólitos de Hahnemann siguen todavía exaltándolo por su gran logro de la experimentación pura .

En cuanto a los homeópatas modernos, no tienen tantos problemas. Para eso tienen a mano el Repertorio de Kent, que contiene 1455 páginas de síntomas y medicamentos. ¿Para qué van a necesitar más experimentación pura ?

En realidad no es tan fácil, pues todo esto se haya envuelto en un complejo ritual que intentaré explicar lo mejor posible en pocas palabras. Para empezar, debe tenerse a mano un compuesto de gran pureza (cuando el producto es de origen vegetal o animal se habla de tintura madre, cuando es mineral son simplemente soluciones) y unos vehículos también de gran pureza (por lo general agua bidestilada o alcohol rectificado, pero también se usa la lactosa). El proceso de dilución consiste en disolver una parte del compuesto en un número determinado de partes de solvente, por ejemplo, 1 ml de compuesto por 9 ml de solvente (serie decimal) o 1 ml de solvente en 99 de solvente (serie centesimal). Existen otras series, como la cincuentamilesimal, pero podemos obviarlas. En el primer caso tendríamos una dilución 1DH

(decimal de Hering) y en el segundo una dilución 1CH (centesimal Hahnemanniana). Pero aquí no termina todo. De estos nuevos preparados se toma a su vez 1 ml y se disuelven en 9 ó 99 ml de solvente, y de estos otro mililitro y se vuelve a diluir, siguiendo siempre el mismo patrón, y se repite el procedimiento una y otra vez, ad nauseam, hasta que se obtiene la dilución buscada, que puede llegar hasta los 1000 CH o más. Cualquier ignorante podría aducir en este momento que tras tantas diluciones lo que estamos haciendo al final no es otra cosa que jugar con agua virtualmente pura (o alcohol, si tal es el caso), y que de soluto no debe quedar prácticamente nada. A lo que los homeópatas responderán: la acción de los medicamentos homeopáticos no es farmacológica, sino energética. Y aquí es donde interviene la perspicacia de Samuel Christian: las diluciones no se hacen así como así, hay que dinamizarlas.

La dinamización permite que el medicamento se comporte en el organismo de tal modo que no produzca los efectos de su acción farmacológica, sino el efecto de reacción del organismo al estímulo energético que actúa de acuerdo a la Ley de la Semejanza. Y la energía del medicamento se incrementa a medida que este se dinamiza. ¿De que clase de energía estamos hablando? Bueno, eso no está muy bien definido, pero quizás la siguiente cita (tomada también de Barros-St. Pasteur) pueda proporcionarnos alguna luz al respecto:

*Toda sustancia que vibra provoca movimientos vibratorios en resonancia con el éter ambiente. El éter está constituido por corpúsculos de una tenuidad extrema, que puede recibir o transmitir cada uno, una*

*cantidad de energía limitada, conocida bajo el nombre de Constante de Planck, cuya unidad de energía es el quantum,  $h = 6,55 \times 10^{-27}$ .*

Lo que indudablemente suena impresionante, a pesar de que la idea de ese éter constituido por corpúsculos intangibles fuese desechada por los físicos desde principios del siglo XX. Y si somos benévolo deberemos tomar la mención de la Constante de Planck por una pura metáfora.

¿Y como se produce en la práctica la dinamización? Pues puede hacerse por sucusión, cuando estamos manipulando líquidos, o por trituración, cuando se trata de sólidos. La sucusión consiste sacudir o agitar la dilución un número determinado de veces durante un tiempo determinado y a una temperatura fija; esto le comunica al medicamento homeopático sus terribles poderes. La imagen de un homeópata encerrado en la soledad de su gabinete, sacudiendo rítmicamente un frasco sin duda merecería la más entusiasta aprobación de un shaman siberiano o de una alquimista medieval (aquí solo faltaría que se salmodiara un conjuro, pero el Maestro al parecer no lo consideró indispensable). Desafortunadamente, ya este aspecto pintoresco de la Homeopatía va desapareciendo: existe toda una poderosa industria farmacéutica homeopática que no puede darse el lujo de perder el tiempo sacudiendo los frasquitos a mano y que emplea maquinaria especial para garantizar sacudidas más económicas y efectivas.

Resumamos el procedimiento: diluimos una sustancia en forma geométrica y en pasos sucesivos, agitando el frasco en cada paso, y obtendremos un preparado con ciertas propiedades energéticas, que es

capaz de inducir en el hombre sano unos determinados síntomas. La potencia del medicamento se incrementa con cada dilución y con cada sacudida. Lo que nos están queriendo decir con todo esto es que si diluimos una sustancia veremos que primero va disminuyendo su toxicidad (si inicialmente era tóxica); luego, a medida que avanzamos en el proceso, observamos que parte de sus propiedades comienzan a reaparecer, pero no farmacológicamente (a diluciones altas, digamos a 100 CH, ya no queda ninguna molécula del soluto inicial en el solvente) sino porque le ha transmitido una cierta calidad energética al medio. Por supuesto, la química ordinaria no conoce ninguna sustancia que presente un comportamiento tan peculiar. ¿Y que tipo de energía es? Agitando el frasco lo que logramos es aumentar la energía cinética de las moléculas contenidas en él, y al final quizás pudiéramos verificar un ligero aumento de la temperatura de la solución, que se disiparía casi enseguida al exterior. Pretender una acción diferente a nivel subatómico es una necesidad: la energía requerida para actuar a ese nivel no se la proporcionaremos al sistema por mucho que nos empeñemos en sacudir el frasco (a menos que lo coloquemos en un acelerador de partículas, pero dudo mucho que tal idea pueda funcionar).

¿De donde sale, al fin y al cabo, la energía que supuestamente le estamos comunicando a nuestro medicamento? Cuando el procedimiento se hace a mano, de un solo lugar: de la organismo del individuo que lo está preparando. La energía química (obtenida de los alimentos), en forma de fosfatos de alta energía, es empleada en producir movimiento muscular (una parte se disipa como calor); los movimientos musculares le

transmiten una determinada energía cinética a las moléculas de la solución. La velocidad de las moléculas aumenta, chocan entre si y la temperatura del líquido aumenta; finalmente ese calor termina por dispersarse al medio. Aquí han funcionado dos conocidísimos principios de la termodinámica: que la energía no se crea ni se destruye, solo se transforma; y que la entropía de un sistema siempre tiende a aumentar. La energía química del audaz homeópata se ha convertido en calor disperso e inutilizable. ¿Qué quedó en la solución? Desde el punto de vista físico, nada. A menos que empecemos a hablar de vibraciones etéreas e incognoscibles para la ciencia, lo que constituye una abierta falta de seriedad.

¿Y como se fija esa energía innominada en el solvente? Nadie lo sabe con certeza, pero se han invocado (sin el menor apoyo experimental) alteraciones en la estructura molecular del solvente para explicar esa especie de memoria del agua. Ciertas características del soluto quedan impresas en el solvente y los golpecitos contribuirían suministrando la energía necesaria. ¿Ciertas o todas? No se sabe por que, pero al parecer solo se fijan las cualidades curativas, pero no la toxicidad. Una preparación 300 CH de *Nux vomica* debería ser mortal tras tantas dinamizaciones, si recordamos las propiedades de la estricnina en el hombre sano, pero eso no ocurre nunca. Y ni hablar del poder energético de preparaciones como 1000 CH o 3000 CH. Que la toxicidad debería incrementarse a altas diluciones es una consecuencia lógica de la descabellada teoría homeopática, pero los homeópatas optan por ignorarlo. ¿Porqué una dilución 1000 CH de alcohol metílico preparada en

agua bidestilada no arde? Debería hacerlo, pues a través de la dinamización el alcohol le ha transmitido sus "peculiaridades energéticas" al agua, y suponer que las energías implicadas en la dinamización solo funcionan en el ser humano no pasa de ser una excusa ad hoc. Haga el experimento, si quiere y tiene la paciencia. Y yo ya empiezo a perderla.

De la Ley de la Individualización se deriva el último hecho descubierto por Hahnemann: el Remedio Único por vez o *Unitas Remedii* (sería digno de estudiarse si el uso del latín también contribuye a la eficacia homeopática). Esta es la otra ley más frecuentemente infringida por los homeópatas. Implica simplemente que debe administrarse un único medicamento, en base a su patogenesia, e individualizado de acuerdo al paciente, salvo casos excepcionales. Ya en vida de Hahnemann surgió una corriente hacia la polifarmacia, que fue enérgicamente combatida por este. Pero hoy en día son muchos los homeópatas que no se pliegan a la ortodoxia unicista y prescriben alegremente dos o tres dinamizados juntos (por no hablar de los que combinan la Homeopatía con acupuntura o la reflexoterapia). No salimos de nuestro espanto de tan solo pensar los efectos puede traer la conjunción de tantas energías terribles y misteriosas.

No me considero capacitado para determinar sí es beneficioso o no administrar simultáneamente dos o más preparados de agua destilada pura con diferentes nombres en latín, de modo que dejaré solos a los homeópatas con su polémica.



## Capítulo 3. Aplicando la navaja de Ockham

Para ver que queda en pie después de esta somera descripción de las bases científicas de la Homeopatía, nada mejor que aplicar el principio lógico conocido por navaja de Ockham, y que en pocas palabras consiste en eliminar todo lo innecesario (esta es una de las interpretaciones que se le dan). Aunque tratándose de la Homeopatía, quizás sea más adecuado expresarlo en latín: *Pluralitas non est ponenda sine neccesitate*. Guillermo de Ockham fue un franciscano inglés, padre del nominalismo, aunque en su tiempo quizás haya sido más notorio por sus incendiarias ideas políticas.

Ley de la Semejanza : ¿tiene alguna base empírica, ya sea fisiológica, fisiopatológica, bioquímica, física o farmacológica? No. ¿Existe algún mecanismo racional que la explique? No. ¿Existe alguna técnica terapéutica, basada en esta ley, que funcione y que haya sido demostrada satisfactoriamente de acuerdo a los pasos del método científico? No. ¿Podemos prescindir de ella para explicar la forma en que funcionan todas las terapéuticas efectivas conocidas? Sí. Queda únicamente un postulado exigido por la fe (de los homeópatas) pero incognoscible para la razón. Como base científica podemos eliminarla.

Energía vital : ¿existe alguna evidencia de que una fuerza intangible domine y anime nuestros procesos bioquímicos y fisiológicos? No. La fisiología y la bioquímica han avanzado los últimos doscientos años más que en toda la historia previa de la Humanidad prescindiendo de tales tenuidades metafísicas. ¿Es una hipótesis necesaria para

explicar algún aspecto de la fisiología humana? No. ¿Corresponde a alguna de las fuerzas conocidas y estudiadas por la física, o tiene relación con alguna de ellas? No. ¿Podemos prescindir de ella sin que las bases de nuestros conocimientos se resientan? Sí. Otro postulado de fe.

Miasmas, dinamismo mórbido: ¿tienen algún lugar en la fisiopatología o la etiopatogenia conocida y demostrada de las enfermedades? No. ¿Existe alguna prueba bien contrastada de que las enfermedades son alteraciones energéticas? No. ¿Existe alguna teoría física que explique que son esas energías? No. ¿Podemos explicar el fenómeno enfermedad sin apelar a tales fuerzas oscuras? Sí, y con éxito más que notable. ¿Qué queda? Otra opinión gratuita.

Investigación de la patogenesia: ¿aporta algún conocimiento nuevo que de base o pruebe algún aspecto de la teoría homeopática? No. Para que la investigación de la patogenesia tenga algún valor debe asumirse previamente que la Ley de la Semejanza es realmente una ley, que las enfermedades son alteraciones energéticas y que los dinamizados realmente son portadores de energías innominadas.

La dinamización: conforme a conocimientos actuales de la química, ¿existe algún compuesto cuya reactividad se incremente a medida que su concentración disminuye o se hace cero en un solvente determinado? No. ¿Existe evidencia de alguna acción, energética o de otro tipo, a nivel subatómico lograda mediante la agitación de un frasco? No. La teoría física moderna, incluyendo la mecánica cuántica, ¿tiene lugar para un efecto semejante? No. ¿Existe algún modelo que justifique la pretendida memoria del agua? No. ¿Existe alguna prueba reproducible

que la justifique? No. ¿Existe algún fenómeno físico o químico que presente propiedades tan extraordinarias como estas, fuera, por supuesto, de la medicina homeopática? No. ¿Pueden prescindir la ciencia de tales especulaciones sin base y sin correlato empírico? Sí. ¿Puede prescindir de ellas la Homeopatía? No.

En esta última pregunta está la raíz del problema. La Homeopatía nace en 1796, producto de las especulaciones de Samuel Christian Hahnemann. Nace, como Minerva, armada de pies a cabeza, definida en prácticamente todos sus detalles. Un caso semejante no conoce parangón en la ciencia, y en especial en la moderna medicina científica, adicta a lo cambiante, a la controversia y a la discusión. Los homeópatas han optado por congelarse en esa fecha mágica, ignorando voluntariamente dos siglos de evolución en el conocimiento científico. A lo más que llega su audacia es a usurpar términos de las ciencias verdaderas para disfrazar sus creencias irracionales, a ratos pseudomísticas y a ratos cuasirreligiosas, basadas ante todo en la fe ciega y en una ininterrumpida suspensión de la incredulidad.

Para efectos prácticos, cuando algo funciona en realidad, podemos disculparle las incoherencias teóricas que tenga en sus bases, aunque sea provisionalmente, hasta que la teoría se depure. Si la Homeopatía funciona ¿por qué no perdonarle su abuso de conceptos tan nebulosos e irracionales como "energía vital", "miasma psórico" y "dinamizaciones"? ¿O la tan dudosa Ley de las Semejanzas? Todo esto esta muy bien, siempre y cuando funcione. Pero ¿funciona?

Para empezar, la Homeopatía apuesta muy alto postulándose

como la única medicina que ataca la enfermedad en sus causas (bueno, existen otras "medicinas alternativas" que le hacen competencia al respecto). Esto, sin duda, suena impresionante, ya que aunque la medicina científica también persigue ese objetivo, con mucha humildad debe reconocer que se encuentra lejos de lograrlo para innumerables patologías. Ya que estamos informados que la Homeopatía conoce la causa de las enfermedades (al fin y al cabo todas son perturbaciones de la "fuerza vital") y conoce el modo causal de tratarlas (por medio de los compuestos energéticos adecuados, a través de la Ley de las Semejanzas), no debe ser muy difícil demostrar si funciona o no. Pues no, no es nada fácil, y las dificultades nacen de las mismas bases teóricas de la Homeopatía.

Cuando la medicina científica quiere demostrar la utilidad de un fármaco, hace uso de los llamados "ensayos clínicos controlados". En estos, se toman pacientes con cuadros nosológicos reconocibles y bien determinados, que cumplan con ciertos criterios, para luego separarlos al azar en varios grupos, a los que se les administra diferentes esquemas de tratamiento o placebos. La forma ideal de estos estudios son los realizados a doble ciego (ni el investigador ni el paciente conocen quien está recibiendo el medicamento de prueba y quien el placebo). Luego, los datos obtenidos son comparados con las herramientas estadísticas adecuadas y se decide si hubo diferencias significativas entre la evolución de los dos grupos. De esta manera podemos comparar, por ejemplo, dos antibióticos diferentes en el tratamiento de la neumonía neumocócica. Un punto importante es que este es un tipo de ensayo reproducible, que

otro investigador puede repetir, confirmando los resultados anteriores, o, con mucha frecuencia, refutándolos, lo que permite descubrir sesgos y fallas metodológicas en el estudio previo y dar pie a otros más depurados.

Veamos, ¿es factible realizar algo similar en la Homeopatía? No digamos que es imposible, pero si extremadamente difícil. Para empezar, la Homeopatía no clasifica las enfermedades en cuadros nosológicos claros y definidos, sino en variopintas agrupaciones de síntomas, lo cual es inevitable si se considera que no son sino manifestaciones de la alteración de la fuerza vital. Esos mismos síntomas se clasifican según su grado, su cronología, su jerarquía, su frecuencia, su prescripción y sus modalidades. Según su frecuencia los síntomas pueden ser comunes o característicos, y estos últimos a su vez se dividen en psíquicos, claves, extraños, paradójales, alternantes, variables y concomitantes (por respeto al lector me abstengo de detallar todas las demás categorías). Por poner un ejemplo, los síntomas predominantes del enfermo sicósico son: miedo franco, suspicaz, falsedad, mentiroso, desconfiado, descontento, ambiciosos, bribón, memoria activa, precipitación, escandaloso, extrovertido, ostentoso, impúdico, voluptuoso, depresión mental, mejoría por el movimiento, agravación vespertina, agravación por la humedad, tendencia a la proliferación, excrecencias cutáneas y mucosas, retención de desechos, tumoraciones (no, no estoy inventando; esta delirante enumeración la he extraído de la página 115 de *Homeopatía, Medicina del Terreno*, de José Barros St Pasteur, editado por la Universidad Central de Venezuela ).

Quizás no sea ocioso recordar aquí al fraudulento Dr. Franz Kuhn

(inventado por Jorge Luis Borges), quien atribuye a cierta enciclopedia china titulada "*Emporio celestial de conocimientos benévolos*" la siguiente clasificación de los animales: *a) pertenecientes al Emperador, b) embalsamados, c) amaestrados, d) lechones, e) sirenas, f) fabulosos, g) perros sueltos, h) incluidos en esta clasificación, i) que se agitan como locos, j) innumerables, k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, l) etcétera, m) que acaban de romper el jarrón, n) que de lejos parecen moscas.*

Cuando queremos comparar algo, en primer lugar debemos tener algo que comparar. Y esa filigrana barroca de síntomas no deja mucho espacio para semejantes minucias. Un homeópata insistirá, por ejemplo, en que un grupo comparable será aquel que presente preocupaciones sin causa aparente (manifestación de un predominancia psórica latente), pies fríos, eructos ácidos, aversión por la ginebra, por la música de Telemann y por el tiempo nublado. Que le demostremos que tres de sus pacientes tienen neumonía, uno tuberculosis y dieciséis catarro común no le quitará el sueño en lo absoluto. Por supuesto, conseguir un grupo de estudio con características medianamente adecuadas en esas condiciones es una labor titánica hasta para los mismos homeópatas. Y sin uniformidad en los síntomas no puede haber uniformidad en el tratamiento, y mucho menos estudios adecuadamente reproducibles. Esta es una de las razones por las cuales los ensayos clínicos sean escasos en la "ciencia" homeopática, y de que cuando se realizan, casi siempre terminen siendo publicados exclusivamente en revistas homeopáticas.

## Capítulo 4. Ensayos clínicos en Homeopatía

A pesar de la dificultad arriba mencionada, no se puede negar que, ciertamente, existen algunos estudios controlados sobre la "efectividad" de los remedios homeopáticos. Y si bien muchos de esos estudios simplemente no muestran ningún efecto beneficioso del tratamiento homeopático cuando se le compara con un placebo, existe un pequeño grupo de trabajos con resultados aparentemente positivos.

¿Significa esto que, a pesar de todo, existen algunas pruebas objetivas de que la Homeopatía funciona? Pues no necesariamente. Veamos por qué.

Para empezar, el carácter de esos estudios suele ser problemático. La mayoría son realizados por homeópatas, y sus informes suelen estar contaminados con su retórica idiosincrásica, lo que hace sospechar fuertemente de la presencia de sesgos del investigador. Por regla general, las investigaciones se afincan sobre procesos crónicos (eczema, artritis reumatoide, asma, migraña, alergias, bronquitis, dismenorrea, síndrome de intestino irritable, etcétera), que suelen cursar en cualquier caso con remitencias y recrudecimientos periódicos; en otras ocasiones, se trata de procesos autolimitados (por ejemplo, la influenza). Por el contrario, las enfermedades agudas, como las infecciones bacterianas, para las que sería muy fácil y claro obtener resultados de curación o no, son ignoradas. Adicionalmente, aún los mejores trabajos suelen estar acibillados de fallas metodológicas.

Una de las primeras expectativas que debemos desechar a la hora de revisar uno de esos estudios, es la de obtener evidencia contundente de una cura completa de la enfermedad que sea (la que, sin embargo, tendríamos derecho a esperar de acuerdo a la teoría homeopática). Esa evidencia simplemente no existe. A lo más que llegan esas investigaciones es a encontrar alguna diferencia estadísticamente significativa en la mejoría de los síntomas respecto a un grupo tratado con un placebo. En otras ocasiones, se investiga algún efecto periférico, pero sin entrar en detalles acerca de si los pacientes se curan o no. Por lo visto, todo el tema está impregnado de una vaguedad fundamental.

Los estudios acerca de la "efectividad" de la Homeopatía han sido objeto de diversas revisiones y meta-análisis. Una amplia revisión fue realizada por Scofield en 1984, y publicada en el *British Homeopathic Journal* (*The Brit Homeo J.*1984;73:161-226 ). La conclusión de Scofield no puede ser más característica:

Es obvio, a partir de esta revisión, que, a pesar de todo el trabajo experimental y clínico, existe muy poca evidencia de que la Homeopatía sea efectiva. Esto es debido al mal diseño, ejecución, presentación de los informes, análisis y, particularmente, de la falla en reproducir los trabajos experimentales, y no necesariamente debido a la ineficacia de un sistema que debe ser apropiadamente examinado en gran escala. Hay suficiente evidencia para justificar la ejecución de trabajos bien diseñados y cuidadosamente controlados.

En otras palabras, la evidencia es escasa y derivada de trabajos



mal realizados, pero cuando algún día se realicen trabajos adecuados, quizás la Homeopatía demuestre su eficacia. Algo, sin duda, verdaderamente esperanzador. Por otra parte, el mismo Scofield afirma también que la Homeopatía no ha sido, ciertamente, refutada . Esta afirmación solo puede ser calificada de malabarismo verbal: lo que en realidad interesa no es si está refutada o no, sino si existen pruebas de que funciona. Y estas, lamentablemente, brillan por su ausencia.

Otra revisión del tema fue realizada en 1990 por Hill y Doyon (Rev Epidemiol Sante Publique 1990;38:139-147 ). Estos analizaron un total de 40 estudios en los que se comparaba la eficacia del tratamiento homeopático contra el tratamiento convencional o contra un placebo. Los resultados de este análisis no pueden ser más demostrativo: de los trabajos revisados, todos, excepto tres, tenían severas fallas de metodología y diseño. De los tres estudios supervivientes, solo uno había reportado resultados positivos. La conclusión de los autores fue que no existía evidencia de que el tratamiento homeopático tuviera algún valor. Posteriormente, se han realizado al menos dos extensos meta-análisis sobre la eficacia de la Homeopatía. Un meta-análisis es un estudio en el que se reúnen los mejores estudios realizados (los más rigurosos, mejor controlados, etcétera), y se analizan como si fuera un solo trabajo de investigación. Es un método que tiene diversos pros y contras, pero que en muchas ocasiones puede contribuir a esclarecer una cuestión. Solo que en esta ocasión no es ese el caso.

El autor del primero de esos meta-análisis fue Kleijnen, y sus resultados fueron publicados en 1991, en el British Medical Journal (BMJ

1991;302:316-323 ). En esa investigación se analizaron 107 estudios homeopáticos; en 81 de ellos se encontraron resultados "positivos" y en 24 "negativos". ¿Pudo Kleijnen sacar alguna respuesta concreta de todo esto? La respuesta aquí es no. Esta es la conclusión de los investigadores:

En este momento la evidencia de los trabajos clínicos es positiva, pero insuficiente para llegar a conclusiones definitivas, debido a que muchos trabajos son de baja calidad metodológica y debido al rol desconocido del sesgo de publicación.

El sesgo de publicación mencionado es simplemente la tendencia a publicar los trabajos con resultados positivos, pero no aquellos con resultados negativos. Por demás, esta conclusión es exactamente idéntica a la emitida por Scofield siete años antes, incluyendo el detalle de la mala calidad de los estudios realizados. Sin embargo, no podía faltar (otra vez) la nota esperanzadora:

Esto indica que existe una causa legítima para más evaluaciones de la Homeopatía, pero solo con trabajos bien ejecutados.

Una vez más, el hospitalario futuro queda para aguardar esos estudios bien diseñados que no se resuelven a parecer por ninguna parte.

Un segundo meta-análisis sería publicado en 1997 en el Lancet, con Klaus Linde y Nicola Clausius como autores principales (Lancet 1997; 350: 834-43 ). En este, se revisaron 186 estudios, de los que 119 cumplieron con los criterios de inclusión, pero solo 86 resultaron con datos adecuados para el meta-análisis. Globalmente, los remedios

homeopáticos resultaron superiores al placebo, a pesar de los cual los autores optaron por la prudencia al concluir que los resultados de nuestro meta-análisis no son compatibles con la hipótesis de que los efectos clínicos de la Homeopatía son debidos completamente al efecto placebo. Sin embargo, nosotros encontramos evidencia insuficiente en esos estudios de que la Homeopatía sea claramente eficaz para una sola condición clínica . Y terminan sugiriendo la necesidad de más estudios "rigurosos y sistemáticos". Lo que ya suena bastante conocido.

Las críticas a este trabajo fueron particularmente severas, incluyendo el ya mencionado sesgo de publicación, el escaso rigor de los criterios de los estudios utilizados, la combinación de trabajos con patologías y tratamientos muy diferentes. Se encontró que uno de los estudios incluidos había sido previamente citado como ejemplo de un inapropiado uso de las estadísticas. Por lo demás, los mismos autores consideraron (otra vez) que la evidencia clínica de la eficacia de la Homeopatía seguía siendo insuficiente.

Una vez más, seguimos en el mismo terreno: la evidencia incontrovertible y definitiva de que la Homeopatía funciona sigue sin aparecer. Pero ¿a que se deben entonces esos resultados aparentemente positivos en algunas ocasiones? ¿Es que a pesar de todo "algo hay de verdad" en la "ciencia" homeopática? Pues no: lo más probable es que esos aparentes resultados positivos se deban a diversos sesgos que se cuelan en trabajos inadecuadamente diseñados. Curiosamente, la confirmación de esto nos la puede dar el mismo Klaus Linden, en un estudio publicado en 1999 (Impact of study quality on outcome in placebo-

controlled trials of homeopathy. J Clin Epidemiol 1999;52(7):631-6 ).

En este estudio no se analizó la eficacia de la Homeopatía, sino la influencia de la calidad metodológica de los trabajos en la obtención de resultados positivos o negativos. Se estudiaron en total 89 trabajos. Y la conclusión de los investigadores no debe sorprendernos: Concluimos que en el grupo de estudios investigado, hubo una clara evidencia de que los estudios con mejor calidad metodológica tienden a tener menos resultados positivos.

Por lo menos aquí si tenemos una autentica conclusión: hubo una clara evidencia . En otras palabras, para obtener resultados probatorios de la eficacia de la Homeopatía, es de rigor que el estudio esté pobremente diseñado, tenga fallas metodológicas y sesgos varios. Cuando existe un buen diseño experimental, las maravillosas propiedades de los remedios homeopáticos se ocultan pudorosamente.

En conclusión, tras tantos años y tantos estudios la Homeopatía sigue sin proporcionar una sola prueba definitiva y que se mantenga en pie tras controversia. Lo único que hay son danzas estadísticas en torno a trabajos de calidad muy pobre. Desde Scofield hasta Linden la historia siempre es la misma: los trabajos están mal diseñados, son necesarios trabajos mejores, y así, ad nauseam. Pero estos no se resignan a aparecer.

Falta echarle un breve vistazo a las "ciencias básicas" homeopáticas. En 1993, Walach publicó un estudio doble ciego en el que se le administro Belladonna 30 CH o placebo a un grupo de 47 voluntarios

sanos ( J Psychosom Res 1993;37(8):851-60 ). Esto, plenamente dentro del espíritu Hahnemanniano de la "experimentación en el hombre sano". De acuerdo a la teoría homeopática , las peculiaridades energéticas de la Belladonna debían producir unos determinados síntomas al suministrarlos al hombre sano y actuar sobre su energía vital. Al cabo de cuatro semanas, no se encontraron diferencias significativas entre los "síntomas" del grupo que recibió el placebo y el que recibió el fármaco homeopático.

## Capítulo 5. La evidencia anecdótica

Aunque sospecho que todavía usted, paciente lector, quizás no está convencido del todo. Después de todo, la respuesta standard de la Homeopatía (y de las demás pseudomedicinas) a esta clase de señalamientos es que se tratan de una páfida maniobra de la agonizante medicina oficial, ya a punto de derrumbarse definitivamente, y que de ese modo pretende conservar su monopolio de destrucción de la salud.

Claro, admitamos que a pesar de que no pueden demostrar científicamente que sus dinamizados curen cualquier cosa, todavía podría ocurrir que la medicina homeopática funcionara. Al fin y al cabo, la ciencia no lo sabe todo (este es otro lugar común).

Casi todos hemos tenido alguna oportunidad de charlar con alguien que ha estado en contacto con la medicina homeopática, bien porque ha sido tratado directamente por un homeópata, bien porque conoce a alguien que lo ha sido. Suelen ser individuos entusiastas que rechazan con vigor los perniciosos tratamientos alopáticos (palabra que suele ser de reciente adquisición en su vocabulario) al tiempo que exaltan las virtudes esenciales de la Homeopatía (a pesar de desconocerlo todo acerca de ella), como en otra ocasión exaltarán las de la iridología o de la reflexoterapia. Este exultante individuo no cesará de repetir una y otra vez como el mismo o un pariente o algún conocido ha sido exitosamente tratado y curado por la rigurosamente exacta ciencia homeopática tras haber sido víctima de los dolosos manejos de la medicina oficial.

Pretender razonar con alguien así es de antemano una labor inútil pues nos encontramos ante un auténtico converso, rendido al mundo de maravillas de la Homeopatía. Pero intentemos sacarle al menos algunas precisiones: entonces empezará a referir tal o cual dolor mal definido, sensaciones de ahogos, catarras, diarreas y cosas por el estilo, junto con mal recordados (o mal interpretados) diagnósticos alopáticos . Y ya nos encontramos ante la carta fuerte de la Homeopatía: la evidencia anecdótica.

La principal razón de que mucha gente piense que la Homeopatía funciona (o sea, que realmente cura) son los casos anecdóticos que van de boca en boca, convenientemente embellecidos, revisados y aumentados por cada relator. Por supuesto, a la medicina científica no se le permiten tales expansiones; para ella un caso anecdótico será solo una observación a partir de la cual establecer una hipótesis, pero sin poder presentarlo jamás como la demostración de un hecho (aclaro: me refiero al cuerpo de conocimientos médicos, no a la conducta de algún médico en particular). Pero como los homeópatas se rigen por normas propias no es de esperar que sean tan quisquillosos: renegar de que algún caso aislado constituya una demostración equivaldría a rechazar su única fuente constante de credibilidad externa (la interna por otra parte se basa más en el autoengaño que en otra cosa, aunque también pululan los casos de soberbia intelectual y de ignorancia simple y llana).

No negaré que las curaciones homeopáticas abundan. Pero reivindicar que se trate de casos bien documentados ya es algo completamente diferente, y en la absoluta mayoría de los casos la

demostración con pruebas irrecusables de que existía previamente una enfermedad y que esta ha desaparecido por la presunta acción de las maravillosas dosis infinitesimales simplemente no existe. Por otro lado, ¿de que curaciones hablamos? Nunca oiremos una historia acerca de una meningitis o de una cirrosis hepática diagnosticadas de modo irrefutable tratadas exitosamente con las gotas milagrosas o con los omnipotentes glóbulos. Y no es porque no exista el remedio en la farmacopea homeopática para trastornos tan radicales; en la *Materia Médica Pediátrica* de Guillermo Enrique Rincón (también editado por la Universidad Central de Venezuela) incluso recomienda el *Pyrogenium* para el paro cardíaco en fiebres sépticas (?), el *Plumbum* para los tumores cerebrales (??), el *Apocynum cannabinum* y la *Pulsatilla nigricans* para la peritonitis (???) y la *Silicea* para los abscesos pulmonares (????).

De lo que si oímos hablar es de exitosas curaciones de enfermedades crónicas, de trastornos psicossomáticos y de muchísimas patologías mal definidas. ¿Y como se producen estas? Sinteticemos:

1. Existen numerosas enfermedades que desaparecen solas, ya que se trata de procesos autolimitados . Y contra lo que se puede suponer, esto no es cierto solo en relación con los procesos más banales; incluso enfermedades muy serias pueden remitir por si solas siguiendo su curso natural. En este caso entran muchas infecciones virales (pero no exclusivamente ellas). El paciente acude el lunes al perverso alópata y este le recomienda descanso, aspirina y paciencia; el miércoles no se siente mejor y va donde el iluminado homeópata, quién le hace énfasis en



la fuerza vital desequilibrada y le receta unas gotas misteriosas, con una etiqueta en latín. El viernes ya está bastante mejor. ¡Otro éxito de la Homeopatía! Pero no, la gripe se le hubiera quitado igual. Aquí si funciona la *Vis Medicatrix Naturae*, pero las gotas no influyeron para nada en el proceso.

2. Enfermedades crónicas: en su curso natural muchas enfermedades crónicas presentan periodos alternados de remitencia y de recrudecimiento. El enfermo acude con sus dolores articulares donde el homeópata y este le prescribe *Veratrum album*. Si no mejora le aumente la potencia del fármaco (se lo indica aún más diluido) y luego le agrega *Rhus toxicodendron*. Cualquier empeoramiento inicial está ya contemplado, pues la agravación es de esperarse en los primeros diez días de inicio del tratamiento (o como dice Kent, otro de los próceres de la Homeopatía, *está peor pero se siente mejor*). Luego de dar tantas vueltas (este proceso puede durar semanas) finalmente el paciente comienza efectivamente a mejorar. ¿Por el *Veratrum*? Pues no: lo que ha funcionado aquí ha sido simplemente el curso natural de la enfermedad, el paciente hubiera mejorado igual sin las gotas o los glóbulos, y estos han servido solamente para quitarle ansiedad al paciente, pues siente que está recibiendo algún tratamiento. Para cuando vuelvan los dolores (lo que ocurrirá casi con toda certeza) ya el homeópata tendrá preparada su coartada, a base de invocar algún nuevo efluvio miasmático.

3. Información insuficiente o inadecuada: muchas presuntas curaciones son únicamente producto de insuficiencias de información; el paciente mejora pero no estamos al tanto de todas las circunstancias que

lo hicieron mejorar. Y muchas veces se toman oscuros e incontrolados efectos periféricos por curaciones reales. Un ejemplo: un paciente con una cardiopatía reumática, úlcera gástrica e, incidentalmente, colesterol alto. Le indican *Nux vomica* y el colesterol regresa a niveles normales. ¡Éxito! Pero no se nos dice si ese paciente cambio sus hábitos nutricionales mientras recibía el milagroso tratamiento, y sobre todo, no se nos dice si ese era precisamente el efecto que se quería lograr. De hecho, la cardiopatía y la úlcera, que eran los auténticos problemas siguieron exactamente igual que antes, y eventualmente deberán ser resueltos por los ignorantes y dogmáticos alópatas.

4. En todas estas curaciones está implicado el efecto placebo. Basta la certeza de estar siendo tratado para que algunos pacientes mejoren, pero estar mejor no es lo mismo que estar curado. Esto puede llegar a ser trágico cuando existe una patología orgánica de base.

5. Enfermedades psicósomáticas o puramente imaginarias, trastornos somatomorfos. De las enfermedades psicósomáticas y la neurosis hipocondríaca no hay mucho que decir: combinemos el efecto placebo con la compresiva actuación de un médico que escucha, que habla de fuerzas misteriosas y que receta remedios con nombres atractivos y no menos misteriosos y el alivio del paciente será casi inmediato. Ya solo la disminución de la angustia aporta un alivio notable para el paciente. Pero esto no es Homeopatía, es psicoterapia, y de nuevo encontramos que ni la manipulación de los trastornos de la fuerza vital ni las altas diluciones tienen nada que ver con la mejoría.

6. Peor es cuando se trata de enfermedades inexistentes: con

mucha frecuencia todo se inicia con un diagnóstico alopático mal comprendido, o hasta con un no diagnóstico . El paciente acude donde el alópata con un trastorno mal definido o trivial y este le dice que no tiene nada. Acude luego donde el homeópata y este le encuentra síntomas predominantes de enfermo psórico: ansiedad, inhibición, aversión por el aire libre, prurito, etcétera. Luego le va descubriendo otros síntomas por el estilo, como aversión a las grasas y al pan, constipación eventual, dolores de cabeza producidos por el calor y gran erotismo sexual, que impele a vicios secretos. Lo determinante aquí es que la ciencia homeopática ha logrado el milagro, mediante malabarismos puramente verbales, de crear una enfermedad de consideración donde antes no había ninguna, por un efecto de bola de nieve. Ahora el paciente si está seguro de estar enfermo. Pero llega la Homeopatía al rescate y le indica (pongamos por ejemplo) *Lachesis trigonocephalus* o *Lycopodium clavatus*. Mejoría inmediata o tras algunos ajustes de dosis y nuevo éxito, merecedor de ser escrito con caracteres de oro en el frontispicio del Templo Homeopático, y los consabidos denuestos hacia la medicina oficial. Lo único de lamentar es que el paciente no haya estado enfermo antes de curarse.

¿Y que hay cuando el enfermo, después de ser tratado causalmente de sus males mediante la manipulación de la Fuerza Vital , no mejora, recae o fallece? Para esto también la Homeopatía tiene respuestas ( coartadas ). Se puede invocar:

- a) El cambio miasmático.
- b) Errores en la prescripción al no considerar todos los síntomas

del paciente (quizás al paciente se le olvido referir que es mentalmente excitable durante el sufrimiento de su vientre; fácilmente irritable por las crisis de cólicos; descontento consigo mismo debido a sus males; aversión al movimiento; odio a la gente; bebedores cansados; hipocondríacos; predice la muerte dentro de una semana... lo que hubiera hecho apremiante la indicación de *Aloe socotrina*).

c) Contaminación del medicamento por transferencia energética medicamentosa (al parecer, también existe tal cosa).

d) La falsa curación por "supresión mórbida", que puede ocurrir hasta por ...aplicaciones de unturas en la superficie del cuerpo por alguna manifestación que aparezca en el curso del tratamiento homeopático .

La casi común creencia de que la Homeopatía sirve de algo se basa en estas miserias testimoniales y metodológicas. No hay homeópata que no enarbole sus casos dudosos como prueba de la veracidad de sus asertos, pero puesto en la disyuntiva de demostrar de acuerdo al método científico que su ciencia en realidad tiene alguna base no atinará sino a dar subterfugios y evasivas, adobadas con uno que otro estudio viciado e imposible de reproducir. En doscientos años han tenido tiempo más que suficiente para superar esto y dar pruebas satisfactorias e irrefutables de que en verdad pueden curar alguna enfermedad. ¿Por qué no lo han hecho? Pues bien, la razón es una sola: porque la Homeopatía simple y llanamente no funciona.

Un ilustre contemporáneo de Samuel Christian Hahnemann, el físico y astrónomo Pierre-Simon Laplace, solicitó cierta vez que se incorporase la Medicina a la Academia de Ciencias, para que allí, en

contacto con los verdaderos sabios, los médicos empezaran a hacerse científicos. Además está decir que esta despectiva opinión resulta exagerada en más de un sentido, pero a pesar de eso refleja bastante bien la percepción que tenían los hombres de aquella época respecto a la Ciencia Médica. Y no podía ser de otra forma: los conocimientos fisiológicos se hallaban aún en estado embrionario, se desconocía por completo la etiología de las enfermedades, se carecía de medios adecuados de diagnóstico, las terapéuticas efectivas eran escasas y se apelaba con frecuencia a tratamientos tan brutales como inútiles. Si se compara todo esto con el desarrollo de la Física a partir de Galileo casi terminaremos por darle la razón al marqués de Laplace. Esta situación iría cambiando paulatinamente a lo largo del siglo XIX, que es el siglo de Claude Bernard, de Rudolph Virchow, de Lister, de Pasteur, de Robert Koch, de Laennec, de Semmelweis...

Hahnemann descubre o inventa su sistema en 1796, y publica su obra monumental, el "Organón de la Medicina Racional" en 1810. Lo hizo mezclando una idea que rondaba por la conjetural medicina de esos tiempos desde hacía varios siglos, con suposiciones propias, apreciaciones arbitrarias e inferencias gratuitas. Mientras aquella medicina que tanto desdeñaba Laplace se transformaba poco a poco en una auténtica ciencia experimental y empezaba a producir resultados tangibles, la Homeopatía cesó de evolucionar prácticamente desde el mismo momento de su nacimiento, estancándose en los "hechos" descubiertos por Hahnemann y poniéndose de espaldas a todos los descubrimientos posteriores, encerrándose en lo que solo se puede

calificar de dogmatismo autista. Y esto no es poco decir: son dos siglos en los que el conocimiento médico, desarrollándose a un ritmo cada vez más acelerado, ha encontrado más respuestas, y de un modo absolutamente abrumador, que en todos los siglos anteriores de la historia de la Humanidad.

En lugar de esto, ¿qué nos ofrece la Homeopatía?

1. Una ausencia total de bases científicas comprobables, de datos bien contrastados y reproducibles.

2. Un desconocimiento absoluto de la etiología de la enfermedad.

3. Una "fisiopatología" y una "etiopatogenia" (por llamarlas de alguna forma) que no son otra cosa que una mezcla de nebulosos términos metafísicos con crasas arbitrariedades, opiniones sin fundamento y argumentos de autoridad.

4. Una "nosografía" (por llamarla de alguna forma) basada exclusivamente en síntomas, muchos de ellos caracterizados por su vaguedad y su insignificancia, incapaz de diferenciar una peritonitis de una crisis histérica conversiva (si los síntomas son iguales, para un homeópata se tratará de la misma enfermedad).

5. Una "terapéutica" (por llamarla de alguna forma) sin base racional ni lógica, contraria a la experiencia y a las evidencias acumuladas conjuntamente por la física, la química, la fisiología, la fisiopatología, la bioquímica y la farmacología, pero asimismo saturada de más términos metafísicos (en el mal sentido de la palabra).

6. Una absoluta carencia de pruebas científicas de que su grotesca terapéutica funcione como algo más que un placebo. Por

pruebas científicas quiero decir: ensayos clínicos bien controlados y reproducibles, y no la consabida evidencia anecdótica. Pero como han tenido doscientos años para demostrar algo y no lo han hecho, veo muy difícil que lo vayan a hacer de ahora en adelante.

7. Un lenguaje pintoresco, mezcla de términos en desuso desde el siglo XVIII con "actualizaciones" fraudulentas, y una gama de "medicamentos" (por llamarlos de alguna forma) con bonitos nombres en latín.

Entendámonos: los homeópatas proclaman orgullosamente que ellos, a diferencia de la perversa medicina "oficial", son los únicos que tratan causalmente la enfermedad (desconociendo completamente su etiología, su etiopatogenia y su fisiopatología) y al individuo (clasificándolo por sus síntomas en lugar que por su enfermedad), pero no ofrecen la menor prueba de ello. Nunca se les verá tratando una meningitis o una neumonía complicada, aunque disponen en su arsenal "terapéutico" de las drogas pertinentes (???), a menos que los Repertorios estén errados; con mucha prudencia han optado por refugiarse en las enfermedades crónicas y en cuadros evanescentes. Con frecuencia los vemos exhibir arrogantemente el siguiente malhadado "dictamen" de la O.M.S:

La Homeopatía es una disciplina médica cuyo énfasis principal es la terapéutica. Es un sistema de bajo costo que emplea exclusivamente drogas sin toxicidad. Puede usarse para tratar enfermedades agudas o crónicas, pero su más grande contribución está en el éxito de las enfermedades crónicas que se han transformado en difíciles de manejar por los métodos ortodoxos.

Otra vez las enfermedades crónicas. Pero que lástima que eso no sea lo que postule Hahnemann, ni lo que afirmen sus discípulos hasta el día de hoy (dicho sea de paso, tampoco existen pruebas de que curen enfermedad crónica alguna; a lo más, las alivian; ¿otra vez el efecto placebo? ¿o es que estamos hablando de enfermedades que remiten periódicamente?). Frente a estas miserias casuística, la medicina "oficial" (iatrogénica por definición) ha logrado curas efectivas, y comprobadas de forma irrefutable, para decenas de enfermedades infecciosas, para numerosos procesos tumorales, para cardiopatías que con anterioridad eran mortales invariablemente; ha mejorado la calidad de vida de millones de personas con enfermedades crónicas mediante terapéuticas racionales y rehabilitación; ha logrado milagros tecnológicos como los trasplantes de órganos; ha salvado a millones de vidas por medio de la vacunación; ha erradicado la viruela y está haciendo lo mismo con el sarampión y la poliomielitis... Y todo esto sin apelar a energías oscuras ni a verdades reveladas, y sobre todo, sin pretender tener en sus manos la panacea absoluta ni curar "causalmente" todas las enfermedades.

Más que como una "medicina", la Homeopatía debería definirse como una secta religiosa, con su gurú infalible y omnisciente, con su dependencia de la Verdad Revelada y de la Fe Ciega, con su fascinación hacia lo irracional, con su adhesión a conocimientos y ritos inmutables y perennes, con su hostilidad hacia el conocimiento científico, con sus prácticas curanderas tomadas prestadas de la magia imitativa más rudimentaria. En ella no hay nada de ciencia, ni puede haberlo; desde sus inicios fue una pseudociencia, y hasta el día de hoy la situación no ha



cambiado en absoluto.